

seguir trabajando en los materiales sinodales americanos.

En resumen, nos parece un acierto el lanzamiento de este importante estudio de la teología latinoamericana que hasta ahora no se había realizado y que plantea temas para el debate y la investigación posterior. Ya aquí se detecta la riqueza del trabajo teológico que se hizo en América. Al terminar la lectura se deduce la respuesta a la pregunta inicial. En América se hizo una teología que, siendo una con la que se hacía en Europa, concordando en los temas radicalmente centrales, tuvo unas diferencias peculiares: esas diferencias derivan, a mi modo de ver, de que fue la americana una teología elaborada para la evangelización de un continente virgen hasta entonces del conocimiento de un Dios único y trascendente; de otra parte, de que para lograr esa evangelización, buscaron soluciones que tuvieran en cuenta los datos de la realidad circundante, como lo hemos visto hacer en Oré y en Mercado, por citas dos autores de temática tan diversa. La temática doctrinal que plantea la explosión en América de un precapitalismo incipiente queda aún por abordar...

Muy acertada la inclusión de síntesis bibliográficas al final de cada capítulo; así como el índice de nombres propios que facilita la consulta. Esta obra puede también consultarse vía internet en la siguiente cuenta: «<http://www.uniovi.es/-filesp>» buscando después en el file: «Instituto de Historia de la Iglesia (Navarra)».

E. Luque

TEOLOGÍA FUNDAMENTAL

Amilcare MANARA, *La fede e i suoi fondamenti. La teologia fondamentale oggi*,

Dehoniane, Roma 1994, 435 pp., 14 x 21.

La fe cristiana ha suscitado siempre la reflexión en torno a sí misma. En efecto, desde los primeros tiempos han sido numerosos los cristianos que se han preguntado por la naturaleza, los contenidos o el fundamento de la certeza de la fe. Comprender, asumir, dar razón de la fe son las tareas que asume de modo específico la teología fundamental y que aborda Amilcare Manara en este libro. El intento del autor es ofrecer una «visión sintética de los fundamentos de la fe católica» (p. 8) incidiendo especialmente en la necesidad de comunicación religiosa presente en la Iglesia y en el mundo. El profesor Manara, que enseña teología en la Universidad Católica de Milán, ofrece una original reflexión sobre las diversas dimensiones de la fe y sobre sus fundamentos. La obra se divide en cuatro partes en las que, en paulatinos acercamientos, va presentando el misterio de Dios, la revelación, la tradición y la fe. Como se puede percibir, el autor parte desde arriba, del misterio de Dios, para ir progresivamente mostrando cómo ese Dios se automanifiesta, cómo esa revelación se transmite en la Iglesia y cómo el creyente accede a ella.

Manara comienza su obra atendiendo al misterio de Dios, que es el objeto de la fe. Advierte el autor que el misterio tiene un carácter vital y no puramente noético y que se realiza en una historia. Pero la preocupación de esta primera parte es principalmente epistemológica. Así se puede percibir en la larga sección que dedica a estudiar los frutos del conocimiento del misterio. Estos han de situarse principalmente en la conciencia, en la libertad y en la imaginación, las cuales dan lugar a tres formas de cono-

cer el misterio: el pensamiento, la acción y la comunicación. Ya desde esta primera parte el autor insiste en el carácter comunitario del creer: la fe engendra un pueblo, una vida común, una cultura. Precisamente para Manara «la realización comunitaria de la fe es la expresión principal del fundamento antropológico del creer» (p. 69) y «la principal forma de credibilidad histórica del valor del creer» (p. 72).

La reflexión epistemológica se prolonga al comienzo de la segunda parte, centrada en la revelación de Dios. El autor se fija en el contenido de la revelación como verdad e incide en el fundamento de esa verdad, Dios mismo. Por ello —insiste— el cristiano es sólo un seguidor de la verdad y no su creador; se encuentra subordinado a ella. Esta verdad revelada es, además, una verdad en la que se vive, pues Dios ha querido que la salvación se realice precisamente en el contexto de aceptación de la verdad. Manara profundiza esta cuestión recurriendo a la teología joánica para la cual la fe es, ante todo, inclusión en la comunión de vida que existe entre las personas divinas. Desde lo que denomina «principio de inclusión» del hombre en Dios —verdadera clave interpretativa de la obra— intenta iluminar la relación y distinción entre pensamiento, acción y comunidad.

Tras considerar la realidad específica de la revelación y la verdad de la fe se afronta en la tercera parte —titulada «La revelación y la comunidad del Señor»— la cuestión de la transmisión histórica de la revelación. Para ello se atiende a las formas o figuras que asume la revelación en su transmisión: la historia, los textos sagrados y el pueblo del Señor. Estas figuras son puestas en relación con la acción, el pensamiento y la comunión. En un segundo momento se detiene a estudiar el

carácter histórico de la revelación cristiana, exponiendo las diversas fases de la revelación y la doctrina de la Sagrada Escritura sobre la tradición. Finalmente reflexiona sobre el papel mediador de la comunidad cristiana respecto de la revelación.

La última parte se ocupa del acto de fe, que pone en relación con los tres planos presentes a lo largo de la obra: el pensamiento, la acción y la comunión. En el plano del pensamiento la fe es comprensión de la verdad donada por Dios. El creyente es «incluido» en la vida divina y transformado por obra de la gracia con el fin de que pueda alcanzar un conocimiento de Dios. El autor destaca que este conocimiento unifica la vida del creyente (su espíritu, su saber, su fe). La apropiación y expresión de esta verdad conocida por la fe será la tarea de la teología. En el plano de la comunión el acto de fe implica la inclusión en la comunidad, en la *ecclesia*. En este contexto estudia el autor el tema de la inspiración y el canon de los libros sagrados. También trata algunos temas eclesiológicos fundamentales como la autoridad, la infalibilidad o el progreso del dogma. Por último, en el plano operativo el acto de fe supone la conversión y vivencia práctica de la justicia de Dios. Aquí trata el autor el problema del mal y más adelante se ocupa del milagro, al que presenta como «el signo de la superación del mal». Sorprendentemente se incluye también en este contexto el tratamiento de las pruebas de la existencia de Dios. Al final de su obra vuelve a considerar la Iglesia como realidad sacramental en la que Dios opera la santidad, como se expresa de modo especial en la liturgia.

A lo largo de la obra se pueden encontrar muchas sugerencias e intuiciones

de gran interés. El autor ofrece una perspectiva renovada de muchos temas clásicos a la luz del «principio de inclusión», es decir, del hecho de que por la fe somos insertados en la vida divina. Sin embargo, la lectura de la obra no resultará fácil para el no especialista. Estamos ante un complejo ensayo teológico y no ante un manual ni un diccionario, como el mismo autor advierte en la introducción. Además, la exposición no es lineal sino que tiene una estructura compleja; las diversas cuestiones se van tratando de modo circular, volviendo en progresivos capítulos a temas anteriormente esbozados y que son considerados desde una perspectiva más amplia. Por esta razón, quizá a algunos podrá parecer excesivamente reiterativo.

Casi todos los temas principales de los que se ocupa la teología fundamental se pueden encontrar en la obra. Sin embargo, se echa de menos un tratamiento más detallado de los signos de credibilidad —que apenas son mencionados— y de cómo el hombre accede a ellos. En este contexto se debería haber presentado a Jesucristo como el signo de credibilidad y verdadero fundamento de la fe, cuestión ausente de la obra. En la parte positiva hay que agradecer tanto la preocupación epistemológica —de singular importancia para nuestros contemporáneos— como la eclesiológica. El autor se esfuerza reiteradamente por situar el acto de fe en el interior de la Iglesia y por considerar las consecuencias del carácter eclesiológico de la fe. En cualquier caso, se trata de una reflexión seria y rigurosa, que contribuirá a que muchos creyentes comprendan mejor las razones para creer.

F. Conesa

Seymour CAIN, *Gabriel Marcel's Theory of Religious Experience*, Peter Lang, New York 1995, XV + 201 pp., 15, 5 x 23.

Una de las cuestiones que está recibiendo un tratamiento más extenso en el mundo filosófico anglosajón es la experiencia religiosa. Son muchos los libros que se están publicando acerca de su naturaleza y valor cognoscitivo. Por lo general es fácil percibir en estas obras la tendencia empirista que caracteriza a la filosofía angloamericana. Por eso resulta sumamente oportuno dirigir la mirada a otros ámbitos filosóficos y atender a la filosofía de la religión realizada desde una perspectiva distinta. Este es, quizás, el principal valor de la obra de Cain, filósofo e historiador de las religiones, que tiene como objeto exponer la concepción de la experiencia religiosa del profundo pensador francés Gabriel Marcel (1889-1973).

El profesor Cain renuncia en este libro a ofrecer una perspectiva sistemática del pensamiento de Marcel y prefiere analizar la cuestión siguiendo el orden de los principales escritos del filósofo. En el primer capítulo —que estudia principalmente el *Diario metafísico*— se van delineando los principios básicos (participación, encarnación, existencia) y las categorías centrales del pensamiento de Marcel («tú», «elección» y «divinización»). El segundo capítulo abarca el período de 1928 a 1934 y expone la doctrina del misterio del ser centrándose en la experiencia humana básica de ser, entendida como «disponibilidad» y «compromiso» y ejemplificada en los actos de esperanza, fidelidad y testimonio. Este capítulo termina presentando el pensamiento de Marcel en torno a la intencionalidad ontológica de la experiencia religiosa. En el tercer capítulo se estudian las obras